



Voces *que* tejen

PALABRANDANDO MEMORIAS
DEL SEMILLERO GOCEMOS

AUTORES

Arnulfo Hurtado Cerón¹,
Karen Nayely Tróches Calambás²,
Erika Lizbeth Morales Calambás³,
Alejandra Cardona Giraldo⁴,
Jimena Marín Montoya⁵,
Natally Hernández Duque⁶

Corrección de estilo
Carlos Orlas

Diseño y Diagramación
Jennifer Rueda

ISBN
978 628 02 2676 7



1 Docente de la Universidad de Antioquia, coordinador del semillero GOCEMOS.

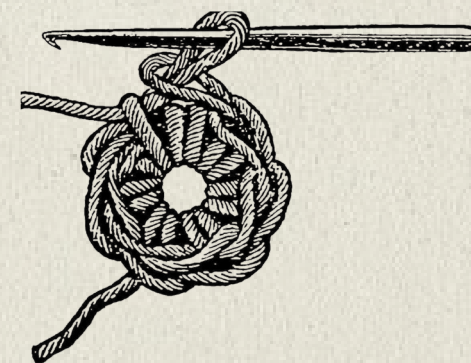
2 Estudiante de la Licenciatura en Literatura y Lengua Castellana e integrante del semillero GOCEMOS, Universidad de Antioquia.

3 Estudiante de la Licenciatura en Educación Física e integrante del semillero GOCEMOS, Universidad de Antioquia.

4 Estudiante de la Licenciatura en Educación Física e integrante del semillero GOCEMOS, Universidad de Antioquia.

5 Estudiante de la Licenciatura en Educación Física e integrante del semillero GOCEMOS, Universidad de Antioquia.

6 Estudiante de la Licenciatura en Educación Física e integrante del semillero GOCEMOS, Universidad de Antioquia.



Dedicatoria

Este camino de palabras lo queremos honrar en la memoria viva de los profesores Víctor Molina Bedoya y Fernando Tabares Fernández, sembradores del Grupo de Investigación Ocio, Expresiones Motrices y Sociedad, y maestros que nos enseñaron a dudar, a pensar con las manos, el corazón y la comunidad. Fernando ya camina otros espacios de vida, pero su fuerza sigue brotando en las semillas del semillero Gocemos, donde aprendimos que resistir no es un acto individual, sino un tejido colectivo que se levanta contra la modernidad que fragmenta y domestica el pensamiento.



Tejido Introdutorio

Esta cartilla nace de un gesto profundamente colectivo: entretejer voces para pensar juntos, en un momento histórico que insiste en el aislamiento, la desmemoria y una velocidad que todo lo arrasa. Desde el semillero Gocemos, integrado por estudiantes de pueblos originarios Nasa, Misak y estudiantes de procedencias diversas, adscrito al Grupo de Investigación Ocio, Expresiones Motrices y Sociedad del Instituto Universitario de Educación Física de la Universidad de Antioquia, sentimos la necesidad de hacer un alto en el camino para escuchar aquello que la vida nos estaba diciendo. No se trataba solo de leer textos, sino de permitir que el territorio, las experiencias, las emociones y las preguntas colectivas fueran tomando forma en la palabra compartida.

En un mundo donde la educación suele reducirse a procedimientos, competencias y mediciones, nos propusimos recuperar un horizonte distinto: uno en el que aprender sea encontrarse, en el que la conversación sea camino entretejedor de pensamientos, y en el que la comunidad sea una posibilidad política para sostener la vida. Por eso, esta introducción no resume el contenido que sigue, sino que expone el espíritu que lo sostiene: una apuesta ética por volver a sentir, una apuesta crítica por desmontar la lógica que convierte la vida en mercancía, y una apuesta política por fortalecer los vínculos que la modernidad/colonialidad ha intentado romper.

Cada capítulo de esta cartilla es, en realidad, una escena de diálogo. No son análisis fríos ni comentarios académicos distantes, sino conversaciones vivas que nacieron de la pregunta por quiénes somos, de dónde venimos y cómo queremos vivir. En ellas aparecen el territorio, la tierra, las abuelas, las manos que trabajan, los jóvenes que preguntan, los ríos que enseñan, los silencios que acompañan. También aparecen las tensiones de nuestra época: la desigualdad, el cansancio social, la privatización del saber, el individualismo creciente y la desconexión con la naturaleza.

Sin embargo, más allá del diagnóstico, estas páginas intentan abrir grietas. Grietas por donde entra la esperanza, no como consuelo ingenuo, sino como fuerza política que emerge cuando las comunidades deciden pensarse desde la vida. A través del tejido, de la conversación, del reconocimiento del territorio y de la reflexión sobre la educación, fuimos encontrando que todavía es posible sostener lo común como un principio vital.

Esta cartilla no pretende enseñar, sino acompañar. No busca imponer ideas, sino ofrecer un espacio donde la palabra se encuentre con otras y produzca sentido. En ese gesto de apertura, cada reflexión aquí reunida se nutre del diálogo con las lecturas de William Ospina, Juan José Bautista, Byung-Chul Han, Germán Bula y Piotr Kropotkin, no como autoridades incuestionables, sino como interlocutores que problematizan el mundo que habitamos y abren preguntas sobre la vida en común, el cuidado, la crítica a las lógicas dominantes y la posibilidad de otros modos de estar juntos. Se trata de autores cuyas reflexiones, afines a nuestras inquietudes, fueron propuestas por los integrantes del semillero Gocemos como una provocación para entretejer nuestras corazonadas y ponerlas en conversación, sobre todo, con las experiencias de quienes participamos en este caminar.

Invitamos a leer estas páginas como quien se sienta alrededor de un fogón: sin prisa, con apertura, reconociendo que cada voz es una semilla y que cada diálogo es una forma de sembrar. Aquí se tejen memorias, intuiciones, críticas y sueños colectivos. Aquí recordamos que la educación no ocurre solo en las aulas, sino en los caminos, en los encuentros, en el territorio, en la comunidad que nos forma y en las relaciones que nos sostienen.

Que esta cartilla sea una invitación a seguir escuchando las voces que tejen, a seguir sembrando pensamiento desde la vida y para la vida.

Tejido I Somos de la tierra



Hablar de la tierra fue nuestro primer punto de encuentro⁷. No como una categoría abstracta ni como un recurso disponible, sino como un origen vivo que nos sostiene y nos recuerda quiénes somos. En el semillero GOCEMOS, ese diálogo inicial se convirtió en una puerta abierta para reconocer que la vida no comienza en los salones académicos, sino en el territorio que habitamos y que también nos habita.

Una de las primeras voces que surgió en el encuentro lo dijo con una claridad que nos atravesó: *"Antes vivíamos con la tierra. Hoy parece que la tierra vive con nosotros, aguantándonos"*⁸. Esa frase encendió algo profundo. Nos obligó a mirar con honestidad la forma en que la modernidad nos ha enseñado a entender la naturaleza: no como un vínculo, sino como una propiedad; no como una maestra, sino como un objeto.

A partir de ahí, el diálogo se pobló de memorias. Recordamos que, tiempo atrás, las comunidades sembraban en colectivo, tejían para resolver necesidades y compartían los oficios como formas de vida. Hoy, en cambio, muchos de esos saberes se han vuelto mercancías. Las mochilas, los tejidos, las semillas, las técnicas agrícolas y hasta las historias han sido arrancadas de su raíz comunitaria para entrar al circuito del mercado.

"Mi abuela tejía desde niña", contó una compañera. *"Cada figura que ponía en la mochila tenía un sentido: un camino, un animal, una estrella. No era una decoración; era una memoria"*⁹. Ese testimonio nos permitió comprender que el tejer no es solo un hacer técnico: es un lenguaje, un archivo, una manera de narrar el mundo a partir de la experiencia. Sin embargo, con el avance del mercado, ese saber dejó de ser expresión cultural para convertirse en producto vendible. Lo que antes era una práctica de comunidad, hoy es una estrategia de supervivencia económica.

⁷ Esta primera conversa surge de los corazonamientos que nos provocó el capítulo "Nuestras riquezas" del libro *La conquista del pan*, de Piotr Kropotkin (traducido por León Ignacio, edición en PDF de 2005).

⁸ Voces del semillero de investigación GOCEMOS, transcripción propia, sesiones del 4 de agosto al 5 de diciembre de 2025 (en adelante, Voces GOCEMOS).

⁹ Voces GOCEMOS.



Este desplazamiento no es casual: forma parte de un sistema que privatiza los saberes, separa al ser humano de su territorio y nos vuelve dependientes de lo que antes sabíamos crear con nuestras propias manos. La modernidad nos prometió comodidad, pero al mismo tiempo nos quitó la capacidad de imaginar. Nos acostumbramos a tenerlo todo listo, empaquetado, disponible, y en ese proceso olvidamos que la creatividad también es un ejercicio de relación con el mundo.

En la conversación apareció una palabra que marcó el rumbo del capítulo: enajenación. Comprendimos que no solo perdimos saberes, sino también la conexión que nos permitía darles sentido. Cuando dejamos de sembrar, dejamos de entender el ritmo de la tierra. Cuando dejamos de tejer, dejamos de escuchar la memoria que viajaba en cada puntada. Cuando dejamos de trabajar en comunidad, dejamos de sentir que la vida se sostiene entre muchas manos.

Pero no todo era nostalgia. La reflexión nos llevó también a reconocer las grietas de posibilidad que aún permanecen abiertas. *"Nosotros venimos de la tierra -dijo una de las jóvenes- y todo lo que hacemos debería devolverle vida"*¹⁰. Esa frase nos permitió recuperar un horizonte: recordar que la vida no es lo que poseemos, sino lo que cuidamos.

Al final del encuentro, comprendimos que hablar de la tierra es hablar de nosotros mismos. Que no podemos separarnos de aquello que nos forma. Que cada conversación en el semillero es también una semilla que vuelve a sembrarse. Que pensar es una forma de cultivo y que tejer es una forma de escritura.

Mirar la tierra como origen no es un acto romántico: es un acto político. Significa resistir la lógica que la reduce a mercancía y defender la posibilidad de vivir con ella y no sobre ella. Significa reconocer que el bienestar no se produce en fábricas, sino en los vínculos que cuidan la vida.

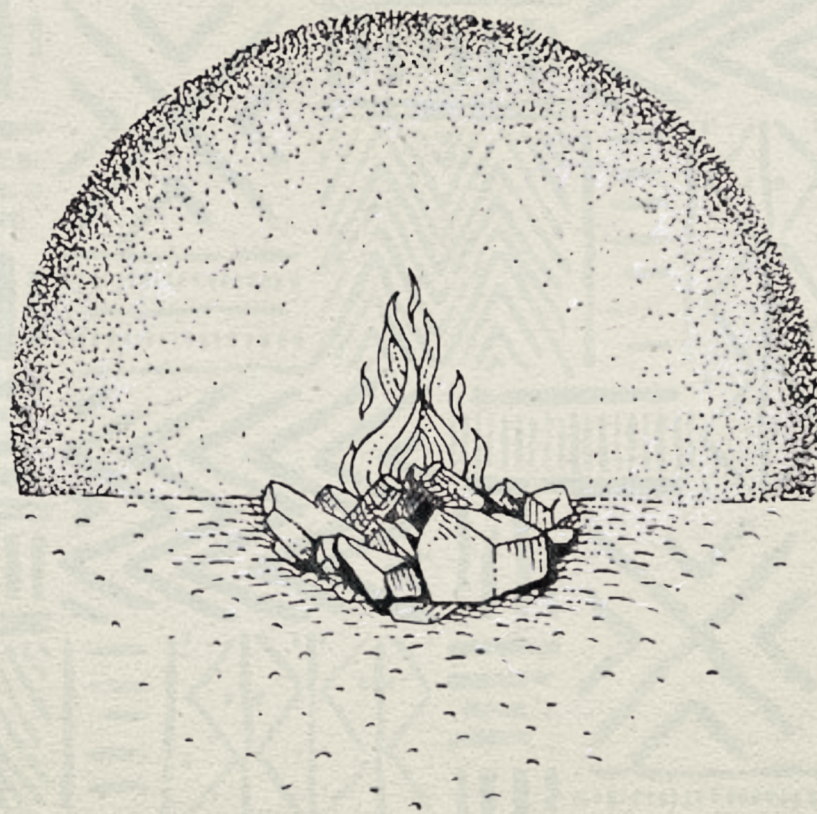
Así terminó nuestro primer diálogo: con la certeza de que si la tierra nos sostiene, también debemos sostenerla. Con la intuición de que somos parte de un tejido mayor y que cada una de nuestras acciones puede fortalecerlo o romperlo. Con la convicción de que volver a la tierra no es retroceder, sino avanzar hacia una forma más humana de habitar el mundo.



¹⁰ Ibid.

Tejido II

Bienestar y desigualdad



Hablar de bienestar nos llevó, desde el inicio, a una pregunta que parecía simple, pero que pronto reveló su complejidad: ¿qué significa realmente vivir bien? La conversación se abrió lentamente, como un tejido que va encontrando sus hilos, hasta mostrar que el bienestar no es un concepto neutro ni universal, sino un territorio profundamente político.

Alguien expresó: *"El bienestar para todos no es una utopía. Lo que lo hace imposible son los malos gobiernos, la codicia y el olvido"*¹¹.

Continuó otra compañera: *"Bienestar es tener comida, casa, descanso; otras de estar en paz, sin miedo ni explotación"*¹².

Y alguien añadió: *"El bienestar no se compra ni se regala, se construye con justicia"*¹³.

Esa frase marcó el rumbo del encuentro.

A partir del texto *El bienestar para todos*¹⁴, empezamos a reconocer que ese ideal no ha sido igual para todos. Mientras unos pocos acumulan, otros viven con lo justo o incluso sin lo necesario. La historia moderna –esa que suele presentarse como sinónimo de progreso, desarrollo– se ha levantado sobre profundas desigualdades.

Varias voces recordaron cómo los recursos naturales de nuestros territorios son explotados por empresas que vienen de lejos. *"Pasa como con el agua,"* dijo alguien. *"En muchos pueblos ya no hay, porque las grandes empresas se la llevaron para sus fábricas. Pavimentaron los ríos, secaron las fuentes y encima cobran caro por el líquido que antes era de todos"*¹⁵.

¹¹ Voces GOCEMOS.

¹² Ibid.

¹³ Ibid.

¹⁴ Segundo capítulo del texto de Piotr, Kropotkin, *La conquista del pan*.

¹⁵ Voces GOCEMOS.



Esa imagen nos golpeó. Pensamos en la injusticia que se esconde detrás de la palabra “globalización”¹⁶: una red que nos conecta, sí, pero que también nos somete. Las grandes potencias se enriquecen con lo que América Latina produce; mientras tanto, las comunidades que trabajan la tierra apenas sobreviven.

Otra voz comentó con indignación: “A los campesinos les pagan diez mil pesos por una canasta de fresas, pero en el supermercado venden una bolsa de papas fritas ‘importadas de Bélgica’. ¿Y dónde queda la papa de aquí?”¹⁷

El silencio que siguió fue una mezcla de tristeza y claridad. En ese contraste se revela el rostro del sistema: lo que aquí vale poco, allá se vende caro. Lo que aquí se destruye, allá se celebra. El bienestar, concluimos, no puede basarse en el sacrificio de otros.

De ahí pasamos a hablar de la educación. Alguien expresó: “La educación se volvió un mercado. Ya no se enseña a pensar, sino a competir. No nos preguntan qué queremos ser, sino qué produce más dinero”¹⁸.

16 Ibid.

17 Ibid.

18 Ibid.

Otras voces coincidieron en que muchas veces se nos enseña a repetir ideas sin cuestionar:

“Nos han hecho creer que el bienestar depende de trabajar más, estudiar más, rendir más. Pero ese bienestar no llega nunca”¹⁹.

Apareció entonces la palabra autoexplotación, y con ella una reflexión más profunda: hemos aprendido a exigirnos hasta el cansancio, creyendo que ese esfuerzo nos hará libres. Pero, en realidad, nos mantiene atrapados en una carrera que no tiene meta.

En medio de la conversación, alguien señaló: “Nos vendieron la idea de que, si uno trabaja duro, llegará a ser grande. Pero no todos corremos con las mismas condiciones. Hay quienes nacen con el camino abierto y otros tenemos que abrirlo con las manos”²⁰.

Comprendimos que el bienestar no puede reducirse al éxito individual. No se trata de competir para sobresalir, sino de compartir para vivir mejor juntas y juntos. El bienestar verdadero solo es posible si es colectivo, si se construye desde la comunidad y si combate la exclusión.

También reflexionamos sobre cómo el sistema nos acostumbra a medirlo todo: el tiempo, la productividad, el rendimiento, el dinero. Pero casi nunca medimos la ternura, la solidaridad, la alegría, el descanso o la palabra compartida.



19 Ibid.

20 Ibid.

Y alguien dijo:

"Nos enseñaron a correr, pero no a mirar alrededor. A tener metas, pero no raíces"²¹.

Esa frase resonó largo rato.

Volvimos entonces a la idea del bienestar desde lo común. No como un ideal lejano, sino como una práctica diaria: cuidar, acompañar, escucharse, compartir lo que se tiene y lo que se sabe. Recordamos que, antes de las fábricas y las máquinas, el trabajo era encuentro y no competencia; era comunidad, no sacrificio.

Una de las voces resumió ese sentir:

"Antes se trabajaba para vivir, ahora se vive para trabajar"²².

²¹ Voces GOCEMOS.

²² Ibid.



Y otra respondió:

"Pero podemos volver a hacerlo distinto. Si el tiempo se organiza en común, si el esfuerzo se reparte, si lo que producimos no se vende, sino que se comparte"²³.

Así, el diálogo nos llevó a imaginar otro tipo de bienestar: uno donde el tiempo no se mida por dinero, sino por relaciones; donde el trabajo no se imponga, sino que nazca del cuidado; donde la educación no adiestre, sino despierte.

Al cerrar el encuentro, alguien concluyó:

"Bienestar no es tener más, sino necesitar menos. Y sobre todo, no olvidar que nadie se salva solo"²⁴.

Entre todas las voces entendimos que la lucha por el bienestar no es una meta futura, sino un camino que se transita cada día: cuando valoramos el trabajo de las manos campesinas, indígenas, afros; cuando reconocemos la dignidad de quienes tejen, siembran, cocinan y enseñan; cuando no dejamos que el cansancio nos robe la ternura; cuando decidimos gozar la vida en común sin convertirla en mercancía.

Porque el bienestar no se mide en horas ni en objetos, sino en la capacidad de seguir tejiendo vínculos que sostengan la vida.

²³ Ibid.

²⁴ Ibid.

Tejido III

La escuela que es el mundo



Este capítulo reúne un diálogo profundo sobre la educación y sus límites. A partir de nuestras experiencias, fuimos reconociendo que aprender no ocurre únicamente en estructuras formales, sino en la vida misma. Aquí se entretajan voces que cuestionan, recuerdan y reimaginan lo que realmente significa educarse.

"No aprendemos solo en las aulas. Aprendemos del viento, del río, de los otros y de nosotros mismos"²⁵.

Cuando comenzamos a conversar sobre el texto de William Ospina²⁶, una de las primeras ideas que surgió fue la de la escuela como un espacio cerrado. Alguien dijo:

"La escuela tiene paredes, horarios y reglas, pero el aprendizaje no cabe ahí"²⁷.

Esa frase abrió un camino de reflexión. Empezamos a reconocer que muchas veces la escuela, en lugar de abrir horizontes, los limita. Nos transmite contenidos, pero con frecuencia nos deja al margen como personas. Nos prepara para exámenes, pero no para entender la vida que vivimos.

Una voz comentó:

"A veces parece que la escuela educa para obedecer, no para pensar"²⁸.

Otras voces recordaron la experiencia de estar en aulas donde las preguntas no tenían lugar, donde la curiosidad era contenida y el silencio se valoraba más que la búsqueda.

Sin embargo, también surgieron recuerdos luminosos de maestras y maestros que lograron romper esas paredes internas:

²⁵ Voces GOCEMOS.

²⁶ Ospina, William. "Carta al maestro desconocido." 2010.

²⁷ Ibid.

²⁸ Ibid.

"Hubo una profe que nos hacía salir al patio para mirar las hojas y hablar del color del cielo. Con ella entendí que aprender no es repetir, sino sentir"²⁹.

Entre relatos y pensamientos, fuimos comprendiendo lo que Ospina intenta señalar: la educación ocurre verdaderamente cuando la escuela se convierte en un puente hacia la vida, no en una frontera que la separa.

Hablamos entonces de cómo la educación oficial se ha ido desconectando del territorio.

"Nos enseñan geografía, pero no nos hablan del río que pasa al lado del colegio. Nos hacen leer poemas, pero no los que nacen en nuestras montañas. Nos enseñan historia, pero no la nuestra"³⁰.

Y alguien añadió:

"El problema no es aprender de otros, sino olvidar lo propio, lo nuestro"³¹.

La conversación tomó fuerza. Reconocimos que muchas escuelas reproducen un tipo de saber que desconoce los conocimientos de las comunidades: los saberes de las abuelas, los cantos, las curaciones, los tejidos, las formas de cultivar, de entender el tiempo o de contemplar el cielo.

"Nos hacen creer que eso no es ciencia,

²⁹ Ibid.

³⁰ Voces GOCEMOS.

³¹ Ibid.



que no sirve para el futuro. Pero sin esos saberes no estaríamos aquí"³².

Esa afirmación resonó profundamente. La escuela moderna –dijimos– suele romper el hilo del saber comunitario, separando mente y cuerpo, pensamiento y emoción, conocimiento y territorio. Sin embargo, la verdadera escuela está en todas partes: en la palabra compartida, en el trabajo de la tierra, en la conversación con los mayores, en el juego de los niños, en el cuidado de los animales.

Una voz expresó:

"El aula debería ser el mundo. La vida entera es una escuela"³³.

Esa frase nos recordó que aprender no es un acto puramente intelectual, sino una experiencia espiritual que involucra sentidos, emociones, cuerpo y memoria. No aprendemos solo acumulando información, sino encontrando sentido en lo que vivimos.

Entonces surgieron imágenes poderosas. Alguien dijo:

"Cada piedra enseña algo, cada árbol cuenta una historia. Solo hay que detenerse a escuchar"³⁴.

³² Ibid.

³³ Ibid.

³⁴ Ibid.





Y otra compañera añadió: *"La escuela debería enseñarnos a escuchar la tierra, no a dominarla"*³⁵.

Así comprendimos que la educación verdadera no está afuera de la vida, sino justo en su centro. No se necesita un pizarrón para entender la generosidad del agua o la fuerza del viento. Aprender es mirar con atención, sentir con respeto y actuar con conciencia.

Entre todas las voces nació una pregunta:

*"¿Y si la escuela pudiera ser también un lugar para desaprender lo que nos separa del mundo?"*³⁶

De esa pregunta surgió una certeza: necesitamos una escuela que enseñe a vivir bien, que devuelva la alegría de aprender sin miedo, que no castigue la duda ni la creatividad. Una escuela que no mida la inteligencia por notas, sino por la capacidad de cuidar, convivir y pensar con los otros.

35 Voces GOCEMOS.

36 Ibid.

Al finalizar el encuentro, alguien pronunció una frase que quedó flotando en el aire:

*"No somos estudiantes del mundo, somos parte de él"*³⁷.

Y otra voz añadió:

*"Entonces la escuela no debería enseñarnos a salir al mundo, sino a volver a él"*³⁸.

Ese día entendimos que la educación no se limita al aula, que el conocimiento no pertenece solo a los libros y que el maestro no siempre está frente a un tablero. A veces el maestro es el río, el viento, la montaña o la mirada de quien comparte su historia.

Así, en el semillero Gocemos, volvimos a soñar la escuela: una escuela sin muros ni jerarquías, donde cada voz tenga valor, donde la palabra circule como el agua y donde aprender sea un acto de gozo, no de obediencia.

Porque la verdadera escuela –dijimos al despedirnos– no es un lugar, sino una forma de estar en el mundo.

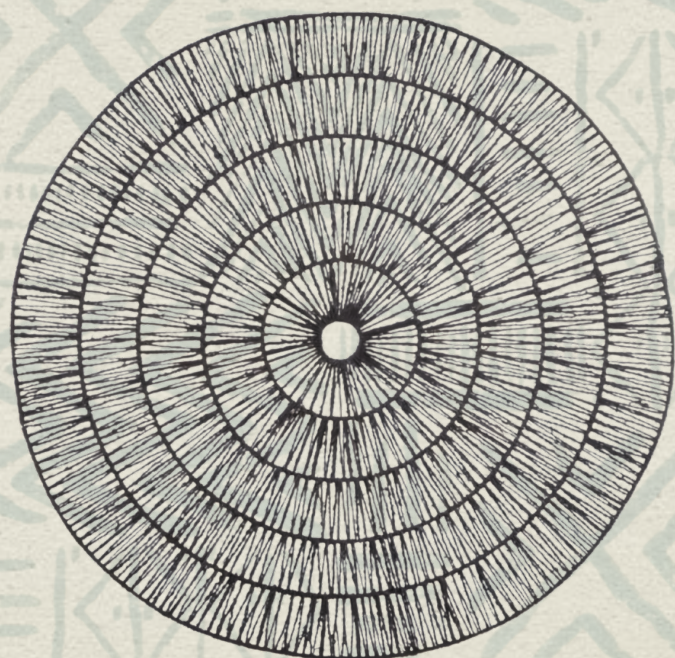


37 Ibid.

38 Ibid.

Tejido IV

Todos estamos conectados



En este apartado, las voces comenzaron a entrelazarse como si siguieran un mismo pulso, revelando que la vida funciona a través de vínculos más que de fragmentos. La conversación fluyó con la claridad de quienes empiezan a ver las relaciones invisibles que sostienen el mundo. Así emergió una reflexión colectiva que devolvió sentido a lo que a veces olvidamos: que nada existe en soledad.

*"Nada vive solo. Todo lo que existe respira con lo demás"*³⁹.

El encuentro comenzó con una frase que parecía simple, pero que pronto se convirtió en el corazón de la conversación: *"Todo está conectado"*⁴⁰. A partir de ahí, nuestras voces se fueron enlazando como raíces que se buscan bajo la tierra.

Una de las primeras reflexiones fue sobre el modo en que solemos mirar el mundo: fragmentado, dividido, separado en partes.

*"Nos enseñaron que hay una materia para cada cosa: una para el cuerpo, otra para la mente, otra para la vida espiritual. Pero la vida no se divide así"*⁴¹.

³⁹ Voces GOCEMOS.

⁴⁰ Basado en el texto de Bula, Germán, Las conexiones ocultas, (2010).

⁴¹ Ibid.

Esa idea resonó con fuerza. Nos dimos cuenta de que la educación muchas veces reproduce esa separación. Desde pequeños aprendemos que el conocimiento se distribuye en asignaturas, que hay un tiempo para pensar, otro para sentir y otro para actuar; y sin embargo, la vida no distingue entre esos momentos: todo ocurre al mismo tiempo, en el mismo cuerpo, en la misma tierra.

Otra voz añadió:

*"Cuando Germán Bula habla de las conexiones ocultas, yo pienso en cómo cada cosa que hacemos afecta a otras que ni siquiera vemos"*⁴².

Entonces surgió el tema del agua, ese hilo invisible que une todas las existencias.

*"El agua que cae del cielo y corre por el río es la misma que después bebemos. Pero también es la que limpia, la que siembra, la que canta. Sin agua, nada vive"*⁴³.

En ese momento alguien comentó que cuidar el agua no es solo un deber ecológico, sino un acto espiritual.

*"Si el agua nos conecta, ensuciarla es como ensuciar nuestra propia sangre"*⁴⁴.

Las voces comenzaron a entrelazarse en torno a la idea de interdependencia, esa red invisible que sostiene la existencia. Comprendimos que no hay separación posible entre naturaleza y humanidad, entre pensamiento y cuerpo, entre sentir y razonar.

*"Si dañamos la tierra, nos dañamos a nosotros. Si cuidamos una planta, también nos cuidamos"*⁴⁵.

42 Ibid.

43 Ibid.

44 Voces GOCEMOS.

45 Ibid.

En medio del diálogo, alguien compartió una reflexión sobre el cuerpo como parte de esa conexión.

*"A veces creemos que pensar está solo en la cabeza, pero todo el cuerpo piensa. Cuando caminamos, cuando sembramos, cuando abrazamos, estamos pensando con las manos y con el corazón"*⁴⁶.

Esa idea nos llevó a hablar del aprendizaje como experiencia viva. Aprender, dijimos, no es acumular datos, sino comprender los vínculos que sostienen el mundo.

*"Educar debería ser como tejer: unir lo que estaba separado, darle forma al sentido de las cosas"*⁴⁷.

Otra voz expresó:

*"Cuando uno entiende que todo está conectado, ya no puede mirar igual. La injusticia, la violencia o el dolor de otros dejan de ser ajenos"*⁴⁸.

Entonces recordamos que la educación no es solo un proceso intelectual, sino ético, político y espiritual. No basta con saber, es necesario sentir lo que se sabe. No basta con enseñar, es necesario cuidar lo que se enseña.

El grupo empezó a imaginar cómo sería una educación verdaderamente conectada: una donde la biología se aprenda caminando entre los árboles; la historia, conversando con los mayores; la ética, compartiendo la comida; la política, liberando la madre tierra; la espiritualidad, reconociendo que la vida es un entretejido.

"Así como un hilo pequeño sostiene el tejido entero, cada acción nuestra afecta el conjunto," dijo alguien. *"Entonces estudiar, vivir y luchar no deberían estar separados"*⁴⁹.

46 Ibid.

47 Ibid.

48 Ibid.

49 Voces GOCEMOS.



De esa comprensión nació un silencio largo, de esos que no son ausencia, sino presencia profunda. Un silencio que recordaba lo que a veces olvidamos: que la vida no se entiende desde afuera, sino desde adentro del tejido.

Cuando retomamos la palabra, alguien dijo con dulzura:

"Todo lo que existe está en relación. Somos el aire que respira el árbol, el agua que bebe el pájaro, el fuego que calienta la casa. Somos parte del mismo pulso"⁵⁰.

Y otra voz respondió:

"Por eso educar no es llenar mentes, sino despertar vínculos"⁵¹.

Al final del encuentro, las reflexiones se entrelazaron como ramas que se tocan. Comprendimos que la educación, la naturaleza y la comunidad son una sola cosa, que el sentido de aprender está en descubrir cómo cuidar esas conexiones.

Nos despedimos con la certeza de que nada está solo, de que la vida no se sostiene por partes, sino por relaciones, y de que cada palabra compartida, cada gesto de cuidado, cada acto de goce hace parte del gran tejido del mundo.

"Si todo está conectado -dijo alguien mientras apagábamos la grabadora-, entonces cada conversación que tenemos es también una forma de sembrar"⁵².

⁵⁰ Ibid.

⁵¹ Ibid.

⁵² Ibid.

Tejido V

Racionalidad de la vida: pensar y sentir más allá de la modernidad



A este acápite llegamos con la sensación de que algo profundo estaba pidiendo ser nombrado. Veníamos de conversaciones sobre territorio, comunidad y bienestar, y sentíamos que todas convergían en un punto común: la forma en que pensamos –y sentimos– la vida. Desde ahí se abre este capítulo, como una invitación a mirar más despacio lo que la modernidad y posmodernidad nos ha hecho olvidar.

“La vida no avanza en línea recta. Somos parte de su tejido y también responsables de su cuidado”⁵³.

En ese momento nos surgió una profunda corazonada: ¿cómo pensar la vida en un mundo que insiste en separarnos de ella? A partir del texto De la racionalidad moderna hacia la racionalidad de la vida⁵⁴, las voces del grupo se fueron entrelazando como raíces que buscan volver a un suelo común.

Una de las primeras ideas que surgió fue la sensación de que la humanidad se ha dejado arrastrar por una racionalidad que no piensa en la vida. Una compañera lo expresó con fuerza:

“Estamos fallando como humanidad porque ya solo pensamos en lo económico, en tener más. Estamos empezando a pagar por lo que destruyó esa avaricia”⁵⁵.

Esa reflexión abrió el diálogo hacia un reconocimiento colectivo: la modernidad ha impuesto una forma de ver el mundo centrada en el individuo, el consumo, la competencia y la idea de progreso como acumulación infinita. Una racionalidad que fragmenta lo que antes era comunidad.

⁵³ Voces GOCEMOS.

⁵⁴ Bautista, Juan José, De la racionalidad moderna hacia la racionalidad de la vida, (2011).

⁵⁵ Ibid.



Mientras conversábamos, fuimos identificando los hilos que sostienen esa racionalidad moderna: el antropocentrismo, la explotación sin límites, la idea de que todo puede venderse, incluso el aire.

“En unos años vamos a terminar comprando el oxígeno en bolsas”⁵⁶, dijo la compañera.

Parecía exagerado, pero revelaba un temor real: la modernidad convierte en mercancía todo lo que toca. Ese deseo de progreso y desarrollo ha destruido bosques, ríos, semillas, saberes y formas de vida; *“es racionalidad de la muerte”⁵⁷.*

Juan José Bautista llama a esto fetichismo: una forma de pensar que muestra solo lo brillante de la modernidad, mientras esconde el desastre que deja atrás. Seduce, promete, entusiasmo... pero vacía.

Otra voz del grupo lo relacionó con un ejemplo cotidiano:

“La modernidad nos vende la idea de que, si trabajamos fuerte, algún día tendremos éxito. Pero es mentira: terminamos cansados, frustrados, solos y cada vez más dependientes del sistema capitalista”⁵⁸.

⁵⁶ Ibid.

⁵⁷ Ibid.

⁵⁸ Voces GOCEMOS.



Desde ahí emergió con fuerza la figura de la sociedad del cansancio⁵⁹: una sociedad donde los sujetos ya no son explotados por otros, sino que se autoexplotan creyendo que así alcanzarán la felicidad.

La conversación avanzó hacia otro asunto inquietante: el creciente aislamiento humano. Varias voces compartieron experiencias donde las personas buscan consuelo en máquinas o inteligencias artificiales, incluso en momentos de tristeza o soledad. Esto nos llevó a preguntarnos qué nos está pasando como sociedad para delegar la escucha y el consuelo en sistemas digitales.

“¿Dónde está el amigo real, el ser humano que escucha? ¿Por qué necesitamos una IA para contarnos que estamos tristes?”⁶⁰

Descubrimos que la modernidad no solo fragmentó nuestro vínculo con la naturaleza, sino también con los otros. Ya no somos comunidad: somos individuos compitiendo por sobrevivir. Y la desigualdad se siente también en la salud mental: más ansiedad, más depresión, más vacío. La vida se volvió rendimiento.

⁵⁹ Han, Byung-Chul. La sociedad del cansancio. Cuarta edición especial. Barcelona: Herder Editorial, 2024.

⁶⁰ Ibid.

A medida que avanzaba el diálogo, apareció un tema que atravesó profundamente el encuentro: la racionalidad moderna no solo domina las ciudades, sino que también ha ido penetrando en los pueblos originarios.

Una de las voces reflexionó con tristeza:

“Muchos jóvenes indígenas ya no quieren usar la ropa tradicional, ni hablar la lengua, ni escuchar los sonidos de la naturaleza. Eso también es la modernidad capturando”⁶¹.

Otra persona completó la idea recordando cómo la música comercial, las redes sociales y las industrias culturales han ido desplazando los saberes propios. El resultado es una desconexión profunda de la identidad colectiva.

Incluso en la educación se ve esa colonización. En las aulas universitarias –dijimos– se reproduce una formación orientada a la competencia, no a la vida.

“Nos enseñan a ser útiles al mercado, no a ser humanos”⁶².

La educación, entonces, se convierte en otro mecanismo de la racionalidad de la muerte: formar personas para producir, no para convivir.

Pero en medio de la oscuridad de la modernidad aparecieron luces. Juan José Bautista propone otra forma de ver el mundo: la racionalidad de la vida, que reconoce la existencia como comunidad, equilibrio y relación.

Los pueblos originarios –dijo una de las voces– han sostenido durante siglos esta otra manera de pensar: una en la que la identidad es colectiva, la naturaleza es familia y el tiempo no es línea recta, sino ciclo que respira.

⁶¹ Ibid.

⁶² Voces GOCEMOS.



En palabras de Bautista, esa racionalidad se expresa en el pachacuti: el tiempo equilibrado, el tiempo que se rumia, que se siente, que se escucha.

*"El pachacuti no corre hacia el abismo. Camina hacia el equilibrio"*⁶³.

Al reconocer esto, comprendimos que la racionalidad de la vida no es un ideal abstracto, sino una práctica cotidiana: cuidar el agua, respetar el territorio, honrar la palabra, valorar la comunidad, sentir antes que dominar.

Hacia el final del encuentro surgió una imagen poderosa: las grietas. Un compañero recordó que, aunque la racionalidad de la muerte domine el mundo, hay pequeñas grietas que resisten: las luchas de los pueblos originarios, de las comunidades afro, de los campesinos, de las mujeres y de los movimientos sociales.

*"Esas grietas son pequeñas, pero en ellas habita la esperanza"*⁶⁴.

Las grietas no tumban el sistema, pero lo interpelan. No son grandes, pero contienen semillas. Y en cada semilla –como en cada palabra de este semillero– hay un llamado a recordar que la vida no se negocia: se cuida.

⁶³ Ibid.

⁶⁴ Ibid.

Antes de terminar, una reflexión nos atravesó profundamente: si la educación es el lugar donde se forma el pensamiento, ¿qué tipo de educación necesitamos para sostener la racionalidad de la vida?

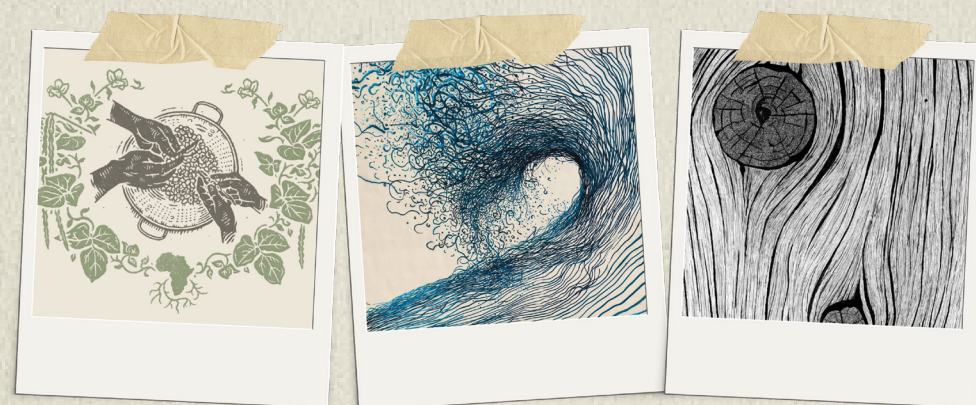
Las respuestas coincidieron: necesitamos una educación que nos devuelva a la comunidad.

Una educación que enseñe a sentir, no solo a pensar. Que nos devuelva al territorio, no que nos arranque de él. Que despierte la crítica, no la obediencia. Que siembre memoria, no competencia. Que recuerde que la vida es vínculo, tejido, respiración. Al cerrar el encuentro, una voz dijo con quietud:

*"Nos corresponde trabajar con fuerza desde nuestros quehaceres para expandir las grietas que permiten que la esperanza irrumpa y transforme"*⁶⁵.

Y otra respondió:

*"Porque la vida merece más que esta modernidad que nos mata"*⁶⁶.



⁶⁵ Voces GOCEMOS.

⁶⁶ Ibid.

Tejido VI

Redondeos del diálogo a modo de conclusión



Al llegar al cierre de esta cartilla, sentimos que lo que aquí recogemos no son solo reflexiones, sino latidos compartidos. Cada diálogo nos transformó, nos abrió preguntas, nos inquietó y nos hizo reconocer que pensar juntas y juntos es también una forma de cuidar la vida. Por eso, no queremos concluir desde afuera, sino desde adentro de lo que fuimos tejiendo: estas conclusiones nacen de nosotros, de nuestras voces y de lo que la experiencia nos dejó vibrando.

En primer lugar, asumimos un desafío ético: volver a sentir. La modernidad nos ha acostumbrado a vivir con prisa, a confundir bienestar con consumo y a normalizar un mundo donde el cansancio ocupa el lugar del entusiasmo. Frente a eso, elegimos recuperar la sensibilidad que el sistema intenta silenciar. Queremos una vida donde pensar no se separe de cuidar, donde aprender no excluya la ternura y donde el vínculo sea más importante que el rendimiento. Sabemos que sin sensibilidad no hay comunidad, y sin comunidad no hay vida que pueda sostenerse.

También reconocemos un desafío crítico que no podemos eludir: desmontar las lógicas que convierten la existencia en mercancía. Lo que conversamos sobre el territorio, los saberes ancestrales, el trabajo, la educación y el bienestar nos hizo ver con claridad que la desigualdad no es una casualidad, sino una estructura. Por eso, afirmamos que nuestra tarea es cuestionar -desde nuestras prácticas y nuestras palabras- aquello que fragmenta la vida. No se trata de destruirlo todo, sino de no seguir aceptando aquello que nos enferma como sociedad: la explotación, el despojo, la competencia sin sentido, el olvido de lo que realmente importa.

El tercer llamado que asumimos es profundamente político: seguir construyendo comunidad. En cada encuentro descubrimos que lo colectivo es no solo refugio, sino horizonte. Pensar juntas y juntos nos permitió ver que la escuela, el territorio y la vida misma pueden ser lugares para reencontrarnos con lo que somos. Y entendimos que tejer comunidad hoy, en medio de un mundo individualista, es un acto de resistencia. Es defender que el agua no es negocio, que la memoria no es estorbo, que los saberes de nuestros pueblos no son mercancía, que la vida se cuida entre todas y todos.



Finalmente, afirmamos algo que sentimos con fuerza: la esperanza existe, pero hay que alimentarla. La vimos aparecer en las grietas que se abren cuando la palabra circula sin miedo, cuando la memoria de las abuelas ilumina el camino, cuando los jóvenes se atreven a luchar y resistir, cuando el territorio sigue enseñando a pesar del daño. Reconocemos en esas grietas una posibilidad de futuro. Allí germinan las semillas que el sistema no ha logrado arrancar.

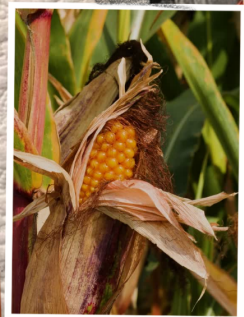
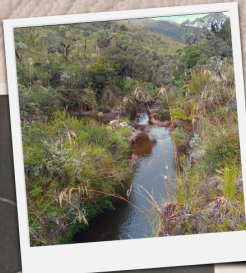
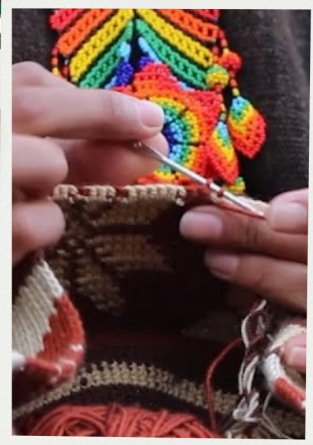
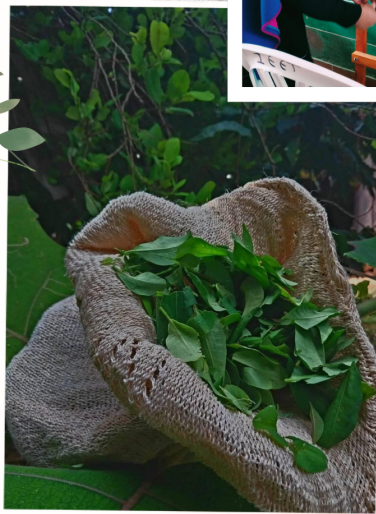
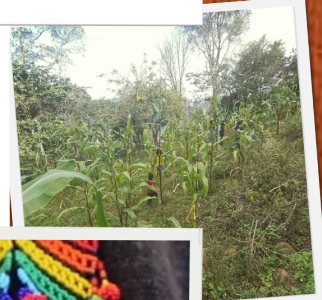
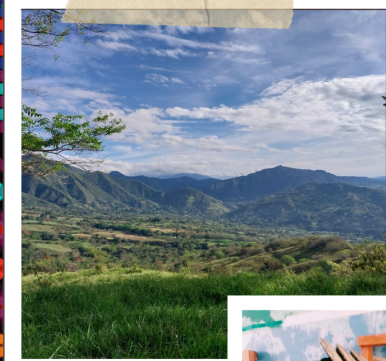
Como semillero GOCEMOS, no cerramos con estas palabras; más bien dejamos abierto un camino. Queremos seguir pensando desde la vida y no desde la obediencia, seguir escuchando al territorio como maestro, seguir defendiendo la dignidad de los saberes comunitarios y seguir apostando a un mundo donde la alegría no esté prohibida.

Si algo nos quedó claro, es esto: la transformación comienza en la conversación, se fortalece en la comunidad y florece cuando la biodiversidad vuelve al centro. Y ahí queremos seguir sembrando.

Referencias bibliográficas

- Kropotkin, Piotr. La conquista del pan. Trad. León Ignacio. PDF. Proletarios.org. [2005]. https://proletarios.org/books/Kropotkin-La_Conquista_del_pan.pdf
- Ospina, William. "Carta al maestro desconocido." 2010. En, <https://www.google.com.co/search>
- Bula, Germán. "Las conexiones ocultas," Polis. Revista Latinoamericana, no. 25 (2010).
- Bautista, Juan José. "De la racionalidad moderna hacia la racionalidad de la vida." Revista de Filosofía 68 (2011): 59-77.
- Han, Byung-Chul. La sociedad del cansancio. Cuarta edición especial. Barcelona: Herder Editorial, 2024.

Memorias





GAECIMOS